

Los artículos de *El Semanal*

(DEL 1 AL 30)

ADVERTENCIA INICIAL:

Estos artículos empezaron a publicarse a mediados de marzo de 1997. Tenga el lector en cuenta tamaño antigüedad, enorme para fenómenos tan acelerados y obsoletos como la informática y la Red.

1. PRIMER AVISO PARA NAVEGANTES

Llevo cerca de quince años trabajando con ordenador. No en el ordenador, sino con él. Todos utilizamos alguna herramienta, tangible o intangible, de las manos o de la mente. Y el ordenador es eso, nada más: una herramienta. La más refinada que el hombre ha concebido hasta ahora, pero no mucho más misteriosa, pongamos por caso, que un destornillador. Si para apretar a tope un tornillo nos fuera obligado conocer las leyes mecánicas que multiplican nuestro esfuerzo muscular, haciendo posible la operación, muchos tendríamos los cuadros de casa elegantemente apoyados contra la pared.

Será importante, en la intendencia del futuro, que le quede a usted muy claro en la cabeza lo siguiente: para utilizar un ordenador van a serle menester tantos conocimientos técnicos como para despabilar su televisor y zapear un rato. Le hará falta, eso sí, conocer las normas de funcionamiento del programa o programas que vaya a utilizar —cuestión de teclas y botones—, pero podrá olvidarse por completo de todo lo relativo a lenguajes informáticos, procesadores, memorias, etc. Que mientras usted trabaja el ordenador se esté dedicando a sus privados menesteres (como el televisor a los suyos, mientras usted disfruta de su pastizal televisivo favorito), será cosa de los ingenieros. Por debajo, en las tripas, todo es cosa de los ingenieros y los científicos, en este mundo nuestro tan moderno. Sólo que los sabios están en la obligación de pasar inadvertidos, igual que los árbitros ideales en los partidos de fútbol.

Lástima que ahora no sea exactamente cierto lo que llevo escrito. Dentro de cinco años, más o menos, lo será. Por el momento, la verdad es que usted necesita unos poquitos saberes para manejar el ordenador de un modo razonable. Suponiendo que limite la utilización del ordenador sus cometidos más elementales y simples —para hacer facturas o escribir textos—, siempre habrá unos cuantos detalles de su máquina que más le valdrá conocer. Cómo guardar su trabajo en el disco duro o en disquetes, cómo recuperarlo cuando le haga falta (lo mismo que extrae un papel de un archivador), cómo transmitírselo a otros. Si, además, pretende aprovechar el aparato para otros fines más liosos... Lamento decírselo así, tan bruscamente, pero va usted de cráneo si no sabe un poco del asunto.

Lo cual nos lleva a lo que yo quería llegar en la primera entrega de esta nueva serie sobre Internet de *El Semanal*: si quiere usted meterse en ese tinglado del que tanto se habla en los últimos tiempos, si está deseando ejercitar sus hasta ahora inéditas dotes de cibernauta, va a tener que hacer un pequeño esfuerzo, o aplazar el asunto para dentro de unos pocos años, cuando Internet funcione con la misma clara sencillez que la televisión, la radio o el teléfono (probablemente fuera del ordenador, en su propia má-

quina ad hoc, y quizá con otro nombre). Entiéndame: no le estoy diciendo que deba convertirse en un experto. Son cuatro cositas las que hay que aprenderse, y para ello tampoco hacen falta grandes conocimientos previos. Necesitará, eso sí, la paciencia y el entusiasmo característicos de los pioneros. Porque todavía está usted a tiempo de ser un pionero, con lo que mola.

La columna que comenzamos con este artículo nace con esa intención: primero, que aprendamos lo que hay que aprender para explorar ese mundo de varios millones de pioneros en que se ha convertido Internet; segundo, que vayamos descubriendo el modo de disfrutarlo y de ponerlo a nuestro servicio.

Y divertirnos mucho, oiga, que tampoco es mal objetivo.

NO PUBLICADO

2. VAMOS ENTRANDO

Para no alargar demasiado la fase introductoria de estos artículos sobre Internet, demos por resuelto que usted ya posee la maquinaria indispensable (ideal mínimo, en este momento: un Pentium, 16 megas de RAM, un par de gigabytes de disco duro, una tarjeta gráfica de dos megas, una tarjeta de sonido, un par de altavoces, un micrófono; pero no se prive de nada, porque el futuro no tolera límites). A continuación le harán falta a usted unas cuantas añadiduras. Primero, y sobre todo, una leve comprensión de qué es Internet. Si su curiosidad al respecto es mucha y acuciante, puede saciarla en alguno de los varios libros que le esperan en las librerías. A nuestros efectos, ahora, nos basta con saber que Internet es una red de ordenadores básicos, no muchos, que permanecen abiertos constantemente y que sostienen la conexión entre millones de ordenadores de todo el planeta. Piense usted en la red telefónica mundial, si la comparación nos aclara el concepto: una o más compañías, en cada país, hacen posible que los millones de abonados del mundo entero se metan a charlar de sus cosas cada vez que les apetezca. Pero, claro, usted no puede hacer las llamadas por su cuenta, sin el facturable apoyo de la CTNE. Lo mismo en Internet: necesita usted una «compañía» —un proveedor— que le enganche el ordenador a la red. Tiene usted que elegir uno que sea muy solvente, y para ello es mejor que se deje asesorar por algún amigo con muchas horas de navegación cibernética. Otro consejo no cabe en estas pocas líneas.

También necesitará un aparato para marcar el número de la persona con quien desea comunicar. Este aparato, en Internet, se llama browser —hojeador— y no tiene existencia física: es un programa que se carga en su

ordenador, y sólo tiene usted dos opciones serias: Netscape o Internet Explorer de Microsoft; no cabe mucha equivocación, porque ambos son indistinguibles en sus resultados. Una vez «enganchado» a la red por medio del proveedor que elija, el browser, en pantalla, le invitará a que marque la «dirección» de una «página» o web en la que desee entrar.

¿Qué es una página? Es un conjunto de información que alguien — persona física, compañía, organismo, gobierno, ONG, grupo de amigos, etc.— pone a disposición de los usuarios de Internet. Cuando usted entre en una página verá texto, imágenes quietas o en movimiento, incluso sonido. Las hay de todo tipo: personales (una feliz pareja que le invita a admirar con arrobos las fotos de sus hijitos), oficiales (las de Microsoft o IBM, pongamos por caso), gubernamentales, informativas sobre cualquier tema concebible, de puro entretenimiento, claro está que pornográficas (ya hablaremos de ello, porque es tema importante), divinas, humanas, pequeñas, grandes, enormes, inabarcables...

La semana que viene veremos cómo orientarnos en semejante caos.

3. BUSCA Y ENCONTRARÁS

Ya estamos conectados a Internet por medio de un *browser* (seguramente Netscape o Microsoft Explorer). ¿Qué es lo que tenemos en la pantalla del ordenador? Casi nada: una interfaz de trabajo, llena de iconos que usted, como usuario de Windows, sabe que se abrirán en menús en cuanto los pinche con el ratón. Sólo que los menús no nos servirán de nada hasta que no estemos conectados a alguna página. Mientras tanto, lo que más llama nuestra atención es un cartelito en blanco, donde está situado el cursor, esperando que escribamos algo.

Ahora sí que estamos casi perdidos: volviendo a la comparación con la red telefónica mundial, imagine que hubiera distintos sistemas de marcado (unos con letras, otros con números, unos de siete caracteres y otros de cuarenta y dos), que no hubiera modo de saber qué corresponde a cada número o dirección, y que además ni siquiera existiese una lista de abonados. Eso es Internet. Un caos.

Afortunadamente, existen los «buscadores», resultado del esfuerzo de unas compañías que se han dedicado a explorar todo lo que hay en la red y a indexarlo, de modo que usted pueda encontrar lo que le interesa. Y está, también, la *buena voluntad* de los proveedores del servicio y de los diseñadores del *browser*. Si utiliza usted alguno de los proveedores importantes — Servicom, Compuserve, Goya, etc.—, lo más probable es que su página inicial no esté en blanco y que unos cuantos toques de ratón lo conduzcan a al-

gún destino de interés. Si utiliza usted Netscape o Microsoft Explorer (*browsers*), entrará en Internet por una página inicial que ambas compañías ponen a su servicio, con orientaciones válidas para empezar a desbrozar el camino.

Pero, a fin de cuentas, por la vía que sea, casi siempre terminará usted en algún *buscador*. Un buscador es, en esencia, una página de la Red donde se contiene un enorme catálogo, más o menos ordenado por temas, de todo, o casi todo, o mucho de lo que hay en Internet. Usted escribe una varias palabras que describan lo que le interesa encontrar, y el buscador le facilita una relación de las páginas donde puede encontrarlo.

La semana que viene entraremos en algún ejemplo de funcionamiento concreto. Por ahora, si escribe usted alguna de las direcciones del recuadro (pruebe con Olé, si el inglés no es lo suyo) entrará en un buscador por su cuenta y riesgo Experimente. Seguro que le va cogiendo el tranquillo y que descubre cosas interesantísimas.

Y, desde luego, estaría muy bien que las compartiese con los demás lectores. Bajo mi firma va mi dirección electrónica. Pruebe usted.

En recuadro:

Altavista: <http://altavista.digital.com>

Excite Netsearch: <http://www.excite.com>

HotBot: <http://www.hotbot.com>

Lycos: <http://www.lycos.com>

Yahoo: <http://www.yahoo.com>

Netscape Internet Search:

http://Home.netscape.com/escapes/internet_search.html

WebCrawler: <http://www.Webcrawler.com>

Olé: <http://www.olé.es>

No hay que escribir el nombre del «buscador». Todas las direcciones empiezan con el indicador «[http://](#)»

4. HABLANDO EN AMERINDIO

La localización en Internet de algo que nos interese es una tarea relativamente fácil, gracias a la existencia de los buscadores ya varias veces mencionados en esta columna. No obstante, el enorme número de páginas existentes hace imprescindible que nos aprendamos la estrategia de búsqueda. Por ejemplo: si usted quiere averiguar algo sobre el Museo del Prado y se le ocurre escribir «España» en, pongamos por caso, AltaVista Search, obtendrá una abrumadora relación de 100.887 «páginas» donde se contiene la

palabra «España», 356.478 con «Spain», 16.151 con «Espagne» y hasta 4.046 con «Espanya», en catalán. El buscador no presenta estas «páginas» por ningún orden concreto. Las dos primeras que nos ofrece la clave «España» son: «Ministerio de Trabajo y Seguridad Social de España» y «Sociedad Astronómica de España y América (SADEYA)». La ducentésima, en cambio, es «Fuentes Espirituales del RER - Gran Logia de España (GLE)». Como usted comprenderá, así no hay modo de encontrar lo que sea que estemos buscando. Hay que estrechar el margen.

Para poner un ejemplo vamos a utilizar el que nos ofrece el propio buscador. Supongamos que queremos saber algo sobre las lenguas amerindias. Si indicamos solamente «american indian language» obtendremos un total aproximado de 600.000 «páginas» donde se contienen estas palabras. No sabríamos ni por dónde empezar. ¿Cuál podría ser el paso siguiente? Primero, pedir al buscador que «american indian» sea una frase, es decir que no nos localice páginas donde las dos palabras estén separadas. Para ello las colocamos entre comillas: “american indian”. Luego, también será bueno que abramos la posibilidad de plural, escribiendo language* en vez de «language» (el asterisco hace que se encuentre «language» más cualquier otra letra). ¿Qué ocurre? Hemos reducido el número de páginas a 60.000. Sigue siendo una barbaridad, pero ya podemos navegar algo mejor. Inmediatamente encontraremos toda clase de datos, algunos incluso con sonido (así acabo de aprender cómo se dice «hola» en la lengua ojibwe, propia de los indios de Dakota del Norte: algo parecido a «onint». Y, sin mucho tardar, caemos en una «página» donde se nos informa de todo lo que hay en la Red sobre la cultura amerindia. (Evidentemente, si ya desde el principio sabemos algo del tema todo nos resultará más fácil: escribiendo «ojibwe» en el buscador desembocaremos de inmediato en toda la información sobre dicho idioma. Lo mismo, o muy parecido, ocurrirá si buscamos «bable», añadiendo «Asturies» y «Asturias» para precisar la localización.)

No se asuste usted: con un poco de práctica, acabará encontrando todo lo que le apetezca encontrar. Y, eso sí: haga abundante utilización de las «ayudas» que ofrecen los propios *Buscadores*.

5. PARA ADENTRARSE EN EL INFIERNO

El teléfono es un bicho renegro (de vocación inicial: ahora se disfraza de colores), porque, entre otras cosas, facilita el adulterio. Sin el telégrafo apenas pudo concebirse nunca un golpe de Estado. La imprenta lleva quinientos años difundiendo pérfidos y revoltosos pensamientos por este

desmarrado mundo. Todo lo nuevo es malo, muy malo, malísimo. Y lo peor de todo es Internet.

Internet sirve para preparar atentados, para que los nazis defiendan sus pintorescas *ideas*, para pringar de sexo todos los ordenadores del mundo, para que se suiciden 39 miembros de una secta religiosa, para aprender a fabricar cócteles molotov, para organizar minuciosamente la creación, distribución y venta de material pederasta, para que la prostitución empiece a vivir una nueva edad de impuro oro. Es imprescindible establecer no ya la censura, sino la Santa Inquisición que controle Internet, lo limpie de pecado y castigue a los maleantes que por sus páginas pululan.

Quizá. Ahora que ya sabemos cómo entrar en Internet y cómo rebuscar en sus contenidos, usted mismo puede comprobarlo: hay de todo. Ni los más acérrimos defensores del sistema podemos negar lo evidente; por ejemplo: que un niño de siete años no tardará ni dos horas en encontrar material pornográfico que arañe sus tiernos ojos. No digo material pornográfico ligero: hablo de fotografías y películas verdaderamente brutales, con imágenes de sadomasoquismo, zoofilia, pederastia o lo que ustedes disgusten mandar.

Claro que Internet es malo, pero no tanto como la vida misma, donde el niño, suponiendo que se encontrara en la situación pertinente, podría *hacer* las cosas, en lugar de limitarse a verlas, y donde las peores ferocidades, públicas y privadas, suceden en directo, sin que nadie las televise ni las meta en Internet. Si usted instala una conexión con la Red de Redes en su ordenador y, tras haber cumplido con los pasos que explicábamos en las columnas anteriores, entre en el Mundo Virtual, tendrá que hacerlo con la cabeza muy atenta. Sólo la cabeza, afortunadamente: no le hacen falta armas para defenderse del mal, porque estará en condiciones de imponerle nada. Sólo vivirá usted lo que quiera vivir.

Sus hijos, si los tiene y considera imprescindible protegerlos del Interinfierno, tampoco estarán desasistidos. En primer lugar, puede usted controlar su acceso al ordenador retirando la llave que bloquea el teclado. En segundo lugar, los americanos —tan mirados en eso de la defensa de los valores eternos— han diseñado un montón de utilidades que, bien programadas, impedirán que las candidas criaturas accedan a la pornografía o a la violencia si no conocen la clave (y no va usted a dársela, claro). Son piezas de *software* que pueden cargarse de la propia Red, con lo cual ésta, mire qué cosas, suministra también los medios para purificarla.

Vaya usted bien pertrechado.

6. CARACOL ELECTRÓNICO

Los interneteros yanquis le suelen llamar *snail-mail* al correo normal (el de buzón y cartero), para denigrarlo en la comparación con el *e-mail*. ‘Snail’ significa ‘caracol’ en inglés. ‘E-mail’ es una forma de abreviar ‘electronic mail’, es decir ‘correo electrónico’. No tenemos palabra fácil en castellano para designar este nuevo sistema de comunicación. Es lo malo de haberle hecho *tanto* caso a Unamuno en su famosa salida de pie de banco: «Que inventen ellos». Cuando son *ellos* quienes inventan, son también *ellos* quienes bautizan.

Llamémosle correo electrónico, aunque nos quede un poco premioso de pronunciar y escribir. Qué más nos da. El castellano es un idioma de palabras largas que nunca podrá competir con el inglés, tan monosilábico él, en la creación de neologismos facilitos y recordables. El correo electrónico es una parte importantísima de Internet, una de las más conocidas y más empleadas. De uso casi elemental en su sencillez (siempre que hayamos atinado a configurar bien el servicio, en lo cual tendrá que ayudarle a usted su proveedor, facilitándole instrucciones y datos claros) y de proceso casi instantáneo, nos hallamos ante un artilugio que está haciendo desaparecer el correo caracol de la faz de la tierra. Usted escribe un mensaje y su destinatario neozelandés —pongamos por alejado caso— lo recibe cinco minutos más tarde. Así de simple.

Bueno, no tanto. Lo primero que usted necesita para utilizar el correo electrónico es una cuenta con algún proveedor de Internet, la misma que le sirve para acceder a la Red de Redes. Este proveedor le adjudicará una dirección electrónica, que normalmente estará compuesta de dos elementos separados por una @. Lo que queda a la izquierda del signo es su nombre de usuario (el de usted, claro); lo que queda a la derecha es el nombre del proveedor. Así, por poner un ejemplo que me pilla muy a mano, mi dirección electrónica en CompuServe es «rbuenaventura@compuserve.com», y la que tengo en Canal + —que también hace las veces de proveedor de Internet— es a026749404@abonados.cplus.es. No se preocupe: estos galimatías tienden a simplificarse, y ya casi todas las direcciones electrónicas se han desembarazado de los numeritos para utilizar el nombre verdadero de usuario o alguna combinación de letras fácilmente recordable. Por otra parte, el sistema de correo electrónico viene siempre acompañado de una «agenda» muy fácil de manejar, a la que se pueden incorporar automáticamente las direcciones de los sucesivos corresponsales. Quiero decir que no hace falta escribir la pajolera clave cada vez que se envía una carta electrónica a alguien que tenemos en la libreta de direcciones.

En la próxima columna veremos para qué sirve de veras el correo electrónico, qué puede contener y, por qué no, cómo se divierte uno mandándoles papeletos a los amigos.

7. UN CALAMBRE DE CORREO

Y seguimos con el correo electrónico, también llamado e-mail por los más anglófilos. Lo dicho: por correo electrónico puede usted enviar casi todo lo que previamente haya introducido en su ordenador, es decir cualquier documento preparado con su procesador de textos y todas las fotos o imágenes que tenga digitalizadas, sea porque las escaneó, porque las realizó con algún programa de dibujo o diseño o porque las introdujo en el PC por medio de una cámara fotográfica o un vídeo digital. Por ponerlo más claro: el correo electrónico le permite enviar texto o imágenes a la otra cara del mundo en un plisplás bastante cortito.

Sólo que, claro, como cabía esperar, el sistema no es perfecto. En primer lugar, los proveedores de Internet suelen tener días tontos, en que no funcionan o funcionan con una parsimonia muy poco informática. En segundo lugar, y evidentemente, usted no puede enviar cartas electrónicas más que a los usuarios de la Red, que somos varias legiones, pero que aún andamos muy lejos de la mayoría. O sea: como en todo lo relativo a las llamadas autopistas de la información, en realidad estamos hablando de un sistema que va a imponerse sin duda de ningún tipo, pero que aún anda en tacataca y con chichonera. Su dominio será absoluto e indiscutible, aunque sólo cuando *todos* nuestros conocidos, con las inevitables excepciones de los forofos del pasado, tengan en casa un ordenador y un módem. Lo mismo le ocurrió al teléfono: al principio no servía sino para comunicar con los pioneros de la técnica.

La interacción humana por correo electrónico se aparta considerablemente de la epistolar y, desde luego, de la telefónica. Estamos ante un tipo de mensaje nuevo, que tiende a ser corto, que se escribe sabiendo que se va a recibir casi inmediatamente y que nuestro corresponsal va a contestarlo con facilidad y rapidez. Si no me lo toma usted a barbaridad, fíjese lo que le digo: la cosa funciona casi como los recaditos que se hacen pasar los chicos y las chicas en clase, mientras el profesor atiza el rollo. Cuatro palabritas, una contestación redactada a toda prisa. Y es igual de divertido.

Yo, por lo menos, me lo estoy pasando muy bien con los mensajes electrónicos que me llegan de los lectores de estos artículos. Son ustedes muy amables. Trato de contestarles a todos de inmediato, pero a estas

alturas no me queda más remedio que pedir perdón, porque se me ha acumulado un poquitín de retraso. A veces hacen ustedes preguntas difíciles de contestar. Haré lo posible, y les garantizo que ninguna recibirá la llamada por respuesta.

No se frenen, por favor.

8. INTERNET DE TODOS LOS SANTOS

Experiencia muy nueva para mí: he recibido tres cartas electrónicas insultándome por el artículo «Para adentrarse en el infierno», aparecido el 13 de abril en estas mismas páginas. Lo nuevo, claro, no está en que me insulten, sino en la vía utilizada. Hay algo en ella que suaviza la relación, haciéndola más íntima. Como no teníamos público, como no estábamos hablando para ninguna galería de espectadores, ni necesitábamos lucir el ingenio o la mala intención, o la abundancia de adrenalina, ninguno de los cuatro ha incurrido en excesos. Ellos me han dicho lo que piensan sobre lo que les ha parecido que yo pienso y yo les he contestado que no comprendo cómo pueden pensar que yo pienso lo que han entendido que pienso, porque mi artículo ni por los forros quería decir semejante disparate. Pero todo sin aspavientos ni asprezas. La cortesía es un acto privado, sin duda alguna.

De todas formas, no estará de más que trate aquí, muy en público, el motivo de la querrela, porque mis insultadores hurgan en una llaga dolorosa para todos los usuarios de Internet. Según ellos, yo en aquel artículo a) presentaba la Red de Redes como una especie de infierno pornográfico, con señoritas de muslos desplegados en lugar de llamas; b) preconizaba el establecimiento urgente de la Ciber Inquisición.

El mundo está lleno de flores, pajaritos y honestas enseñanzas, e Internet también. Pero no es en tales amenidades en lo que está concentrándose la opinión pública, ni cuando mira el mundo, ni cuando mira Internet. La santa opinión pública tiene la vida en muy mala opinión, y piensa que Internet contribuye poderosamente a realzar sus podredumbres: sexo, droga, violencia, maldad, satanismo, desorden, indisciplina, libertinaje, yo qué sé. La prensa, que se siente amenazada por el fenómeno de las nuevas comunicaciones, aprovecha sañudamente cualquier oportunidad para asustar a las buenas gentes. Si dos terroristas se han citado por *e-mail* para poner una bomba en una esquina, la noticia no será el atentado, sino el hecho de que para cometerlo haya sido imprescindible la colaboración de la Red. A nadie se le ocurriría semejante tergiversación si los malvados se hubieran concertado por teléfono.

Internet es el infierno para quienes detestan la libertad. Estoy seguro de que en este momento hay en Estados Unidos cientos de potentes cabezas quemándose las neuronas para encontrar el modo de controlar la red sin que se les escape un pezón o una desobediencia. Yo, en mi vituperado artículo, me limitaba a manejar el viejo argumento: «Oiga, que en Internet pasa *como en la vida misma*, que pecar no es obligatorio, que puede usted imponerse o imponer a sus indefensos hijos todas las censuras que le apetezcan —hay varios programas a tal fin destinados—, que no se empeñe en poner puertas al campo.» Nunca es buena estrategia negar lo evidente.

9. EL AÑO DOBLE CERO

Si Santa Tecnicia no lo remedia, el año 2000 se tropicarán todos los calendarios de todos los ordenadores del mundo y, dicho en pocas palabras, regresarán todos al 00, como disponiéndose a cronometrar la llegada de los Magos al portal de Belén. Aún falta un trienio, claro, y ni por asomo cabe poner en duda que el problema quedará solucionado antes de que tengamos todos que disfrazarnos de pastorcillos.

Más vale que así sea, porque en 2000, según el «Consumer Internet Report» de Jupiter Communications (mire usted en «<http://www.nua.ie/>») sólo en EE UU habrá ya 163 millones de usuarios de Internet, lo que es decir, a ojo de buen pastor contando ovejas, unos 250 millones de interneteros en el mundo. Es mucho, muchísimo, una multitud indomeñable, un país sin territorio, pero poblado por las gentes más ricas (el ingreso medio de un usuario norteamericano se calcula en 50.000 dólares al año) y, seguramente, mejor enseñadas de la Tierra; una Fuerza.

¿Para hacer qué? Fundamentalmente, para gastar dinero, por el momento. Las grandes compañías suministradoras de tarjetas de crédito están alcanzando ya fabulosas cifras de negocio en sus actividades dentro de la red. Se espera que el montante se multiplique por tres o por cuatro cada año que pase. Estamos hablando de miles de millones de dólares que cambian de cuenta corriente a fantástica velocidad cibernáutica. Muchas actividades tradicionales de distribución van a verse seriamente amenazadas por la venta en Internet (si no son ellas mismas las que se adaptan al medio). Ahora mismo, Amazon Books («<http://www.amazon.com/>») es ya la más importante librería del planeta, con un almacén de dos millones y medio de títulos y con capacidad de envío a todos los países del mundo en un plazo razonablemente corto. Y no hay modo alguno en que este fenómeno pueda controlarse, a no ser que volvamos a las restricciones aduaneras de antaño.

Ya comprendo que los ciberespíritus puros van a enfadárseme, pero el caso resulta poco refutable: la Red es *money* en cantidades macizas, es un auténtico replanteamiento del comercio mundial, y ya está generando importantes millonarios.

Lo otro, la interacción humana entre las gentes buenas de Internet, el flujo de información, el empleo de sus medios para el honrado trabajo, está muy bien, pero es precisamente el cebo que nos han puesto. Mientras nosotros nos entretenemos buscando datos o jeribeques más o menos vitales para nuestro trabajo o nuestra formación o nuestro ocio, ellos nos venden cosa tras cosa. ¿Dice usted que no, que usted no compra nada?

Compra el acceso al servidor, por lo menos. Y le paga una tremenda cantidad de minutos a la Compañía Telefónica. Aunque lo de ahora no es nada comparado con lo que pagará en el año Doble Cero.

10. COMPRE SU PARCELITA

Si seguimos así, estos artículos van a convertirse en la antesala de un consultorio privado: estoy recibiendo cuatro o cinco cartas-e diarias, casi todas ellas con preguntas, algunas muy difíciles de contestar. Me parece, queridos corresponsales, que nos convendría poner nuestros ordenatas en corro, agarraditos de sus enchufes, y sentarnos un poco a reflexionar.

Aquí no tenemos sitio para las cuestiones técnicas más sesudas, ni quien firma es la persona adecuada para despejarlas. Maestros tiene la Santa Informática. Aquí estamos para charlar con todos los lectores de *El Semanal*, a quienes, en la mayor parte de los casos, no debemos suponerles ni siquiera un leve esbozo de conocimiento del tema. Están oyendo hablar de él, eso es todo. De ahí que hayamos empezado, desde el principio, muy lentamente, explicando incluso los aspectos más obvios del fenómeno Internet. De ahí que tratemos cuestiones de interés general, intentando meternos en la cabeza de nuestros amigos no interneteros y ver qué datos pueden necesitar para hacerse una idea.

Los que ya saben tienen sus fuentes: libros y revistas especializadas. Diré más: incluso los que *menos* saben —una vez tomada la decisión de adentrarse en la floresta casi encantada de *ftp*, *Archie*, *whois*, *pings*, *gophers*, *Usenet*, *talks*, *finger*, *Telnet*, *Netfind*— lo mejor que pueden hacer es arrojarse en los espesos brazos de los mencionados libros y revistas. No se necesita saber inglés: las obras más importantes están traducidas —o escritas— por españoles y nuestras revistas han experimentado en los últimos tiempos un tremendo subidón (hasta en la pura y simple redacción de los textos). Como ya dije en uno de mis primeros artículos de *El*

Semanal, dentro de cuatro o cinco años para navegar por Internet harán falta tantos conocimientos técnicos como para zascandilear por los diversos programas de televisión con ayuda de un mando a distancia: ninguno. Pero ahora mismo, qué quieren ustedes que les diga: hay que estudiarse un poco el tema.

Entiéndanme bien: me encanta ayudar y me encanta echar parrafadas electrónicas con los amigos de *El Semanal*. Ni se les ocurra dejar de escribirme. Es una actividad paralela que me compensa todo el esfuerzo, porque aprendo a gigabites con lo que ustedes me enseñan, y hago amigos encantadores. Pasa, sin embargo, que me disgusta la idea de defraudar a alguien: yo no puedo dar cursillos de informática, ni orientar en todos los vericuetos de Internet. Yo soy una especie de *promotor*.

Lo que quiero es venderles la burra a quienes aún no la han comprado. Contarles lo bien que se lo pueden pasar y cuánto les va a ayudar la Red en su trabajo y en sus aficiones. Colocarles una parcelita en Internet, para su propio bien y el de sus descendientes.

11. VEO-VEO (Y ESCUCHO)

No sé. A lo mejor yo soy un individuo demasiado *maquinal*, de los que se alegraron cuando «Deep Blue» le ganó a Gaspárov, o de los que detestan las odas baratas al espíritu del hombre (las raíces de mi actitud, en ambos casos, son demasiado largas para exponerlas aquí; por desgracia). El caso es que no creo que el ordenador vaya a funcionar en contra de la comunicación humana, encerrándonos a todos en despachos inhóspitos y apartándonos del contacto con nuestros semejantes. Lo que estoy viendo es lo contrario: el ordenador genera un nuevo tipo de comunicación, tan cálida y tan afectiva como la de siempre, sólo que más rica en posibilidades, más amplia, e incluso menos rutinaria o más creativa.

En este momento, ahora mismo —ya— se está produciendo dentro de Internet una revolución en las comunicaciones. Durante varios años hemos estado limitados al correo electrónico y la charla escrita. Del correo electrónico ya hemos hablado. La charla escrita se llama IRC (Internet Relay Chat) en la lengua franca de los ordenadores y es un sistema por el que dos o más personas —cada una de ellas, quizá, en un sitio distinto— coinciden en una especie de pizarra común (es decir: que aparece al mismo tiempo en las pantallas de cada uno de los participantes), donde todos van escribiendo lo que más les mola. Así podemos comunicar con un/a señor/a de Alaska y otro/a de Nueva Zelanda, a la vez, sin cortapisas ni excesivo gasto, porque la conexión nos cuesta solamente la tarifa telefónica local más

lo que paguemos al suministrador de Internet. Para qué fin utilicemos este procedimiento de contacto humano es cuestión personal. No niego que abundan el coqueteo, el ligue y el sexo, pero nadie me niegue —tampoco— que en este momento la Red rebosa «foros» o grupos de discusión sobre cualquier tema concebible e inconcebible, muchos de ellos con un nivel de datos y lucubración verdaderamente alto. Cierto que el contacto entre los contertulianos no es físico, *no nos vemos, no nos tocamos*, pero no por ello resulta menos intenso ni menos gratificante. Y, además, siempre cabe la posibilidad de quedar en Honolulu a tomar unas copas. Hay quien lo hace.

Bien. Ahora, casi de pronto, las posibilidades de comunicación se han expandido de un modo encantador. Estamos en mantillas aún, pero ya es posible hablar con la gente y hasta verse en pantalla. La sensación de hablar con una persona que se encuentra a miles de kilómetros y estar viendo cómo enciende un cigarrillo o se bebe un trago de lo que sea resulta verdaderamente extraordinaria y crea una adicción insuperable...

En fin: la semana que viene entraremos en todo el detalle que nos permite esta pequeña sección. Por el momento, puede usted ir pensando en instalar sonido en su ordenador, si no lo tiene ya, y en comprarse una cámara digital, también llamada «bolita» ☺.

12. MÁS PALIQUE

¿Tiene usted ya todo lo que debe tener un *homo sapiens* hoy en día? Es decir, recapitulemos: un ordenador musculoso, memorión y con un disco duro enorme (vamos a no fijar los mínimos para no desmoralizarnos casi todos); un módem fulminante, unos altavoces, un micrófono... Con todo esto, que cada semana resulta más barato, podrá usted:

— Comunicar *por escrito*, en modo carta electrónica o charla directa, con cualquier usuario de Internet situado en cualquier lugar del mundo.

— Comunicar *de palabra hablada* con cualquier usuario de Internet situado en cualquier lugar del mundo.

— Comunicar *de palabra hablada o escrita y con imagen* con cualquier usuario de Internet situado en cualquier lugar del mundo.

Comunicar, en este caso, quiere decir también *enviar y recibir* todo lo que usted y su contertulio o contertulios hayan metido antes en el ordenador: imagen, texto, archivos de datos, agendas, programas...

Es conveniente no olvidar en ningún momento que estas posibilidades están muy lejos de haber alcanzado nada parecido a la perfección; pero están aquí ya, y conviene ir las explorando.

Debería ser posible que pusiera usted en práctica todas estas maravillas con un solo programa (alguno hay que lo intenta ya: véase más adelante), y será posible dentro de muy poco, pero en este momento lo cierto es que tiene usted que llenar su disco duro de aplicaciones. Necesitamos:

— Para comunicar *por escrito* en charla directa (yo escribo, tú me contestas), un programa como, por ejemplo, el mIRC, que anda por su versión 5 y que funciona cada vez mejor —aunque no se maneja fácilmente por intuición; le conviene a usted estudiar el asunto antes de embarcarse). Se puede bajar, por ejemplo, de Tucows (<http://tucows.cableinet.net/>). Puede decirse que para particulares es gratis.

— Para comunicar *hablando* a su micrófono y escuchando las respuestas por los altavoces o los auriculares necesita usted alguno de los muchos programas que a este efecto se distribuyen: yo utilizo varios y todos funcionan bien (a los niveles actuales), pero no suelen ser compatibles entre sí. Esto es: usted puede hablar por WebPhone con otros usuarios de WebPhone, pero no con los de ChowChow. Grave problema, que el tiempo solucionará. También se pueden bajar programas de este tipo desde Tucows.

— Para comunicar viéndose las caras y oyéndose las cristalinas voces también hay diversas posibilidades, entre las que destaca —creo yo— por su facilidad de manejo y por tener una versión gratuita y sencilla, el llamado Cu-Seeme, que se puede bajar de <http://www.cuseeme.com/cu-seeme.html>.

Y, para terminar por hoy, está el magno intento de abarcarlo todo que tiene en marcha —quién iba a ser— míster Bill Gates. Se llama NetMeeting y puede bajarse gratuitamente de la página de Microsoft (hay versión española).

La semana que viene abundaremos en estos temas.

13. ESCRIBIENDO SE ENTIENDE LA GENTE

El contacto por escrito entre dos o más navegantes viene funcionando desde los albores de la Red y, a estas alturas, con todos los adelantos que nos han llovido encima, sigue siendo el más utilizado. Básicamente, todo consiste en que yo escribo algo, usted lo lee, usted me contesta, yo le contesto a la contestación, etc., todo ello en unas pizarritas que se abren en pantalla. Para que la cosa funcione ha de existir una conexión entre usted y yo: de ello se ocupan los muy diversos programas de «*talk*», de «*ytalk*» y de «*internet relay chat*» (IRC) que tenemos a nuestro alcance. De los dos primeros tipos podemos olvidarnos aquí, porque están incorporados al IRC y andan en considerable desuso (salvo, claro está, entre los más tradicionales y puristas, que ya han crecido en Internet, como sucede en todas las comunidades).

El IRC es invento de un finlandés, Jarkko Oikarinen, que lo puso en marcha en 1988. En pocas palabras, lo que necesitamos es un programa *cliente* (por ejemplo el mIRC 5 de que hablábamos la semana pasada) que nos conecte con un *servidor* IRC. De estos hay muchísimos, y la propia aplicación trae ya unos cuantos preparados para conectar (más de 300 incluye el mIRC 5). Las direcciones son esotéricas e imposibles de recordar, pero tampoco nos importa mucho, porque una vez introducido un servidor en los parámetros del programa, las siguientes conexiones serán automáticas. Ejemplo de dirección: *academ02.mor.itesm.mx* (la Red Latina de México, Morelos). En http://www.ole.es/Paginas/Internet/IRC,_Chat,_ encontrará usted direcciones de grupos de charla españoles.

Una vez dentro de un servidor, lo primero que hay que hacer es pedir que nos «listen» los canales disponibles, es decir los grupos de charla que en ese momento hay en marcha. Al principio le parecerán muchísimos —*son* muchísimos—, pero no tardará en aprender a elegir. Hay que ir tanteando, hasta encontrar una panda de contertulios que nos interese, o por el nombre o por el contenido que (a veces) anuncia. Luego, una vez metido en una conversación colectiva, también se puede pasar a la privada con una sola persona (estableciendo un tipo de contacto que, antes del invento de Jarkko Oikarinen, sólo se podía efectuar por *talk* o *ytalk*).

El IRC funciona por medio de una serie de órdenes que serían muy complicadas de dar si la interfaz que ofrecen los programas de conexión no nos las facilitaran por medio de iconos. En realidad, todo resulta mucho más sencillo de lo que parece. En cuestión de minutos puede usted estar charlando con alguien. Hágase un amigo en cada esquina.

DIRECCIONES DE INTERÉS:

Para cargar mIRC: <http://mirc.stealth.net/>

Están disponibles las últimas versiones del programa, los añadidos más necesarios o cómodos, mucha información sobre recursos IRC de la red.

También en Tucows: <http://www.tucows.com/> —donde encontrará usted una enorme variedad de aplicaciones para Inter-net, muchas de ellas gratuitas.

En Paloma Barra (<http://www.encomix.es/users/pbarra/>), entre otros varios sitios, encontrará usted canales españoles, y también información interesante sobre IRC. La sonrisa que le ofrece la dueña puede saltársela.

14. ENCUENTROS EN LA RED

La charla de viva voz con otros usuarios de Internet no nos impresiona mucho ni por su eficacia, ni por la calidad del sonido. De hecho, no se nos ofrece nada que los viejos radioaficionados de toda la vida no lleven disfrutando desde hace decenios, salvo quizá una mayor precisión a la hora de localizar interlocutores. Es más barato que el teléfono para hablar con otros países. Eso sí.

Corrijanme ustedes si me equivoco, pero estoy en la idea de que no teniendo un novio o novia en las antípodas no nos vale la pena instalar en el ordenador ninguno de los múltiples programas para conexión vía audio, sobre todo si pensamos que la posibilidad de *hablar* viene incluida en muchas aplicaciones para imagen. De todas formas, por si les sobreviene a ustedes la afición, en el cuadro de direcciones incluyo algún que otro programa, con la URL desde la cual es posible descargarlo.

Lo que se está intentando en este momento es integrar todas las facetas de la comunicación en un solo cliente. Y, como cabía esperar, el intento más ambicioso en este ámbito es el NetMeeting de Microsoft. (Ambicioso, entiéndame usted, no sólo en el sentido técnico: lo que pretende Bill Gates es quedarse con todo, absolutamente todo lo que se mueva en la red. A qué vamos a andarnos con gazmoñerías: es una ambición natural y hasta *noble* en la cabeza de un empresario. A la competencia toca impedir que se cumpla. Y todos saldremos ganando si lo consigue.)

NetMeeting es un sistema de comunicación que emite y recibe tanto la señal sonora como la visual, y viene ya preparado para sacar provecho del nuevo procesador MMX (ya sabe: el que estamos deseando comprarnos y no nos vamos a comprar de momento, porque todavía no hemos terminado de pagar el Pentium). El cacharrito tiene sus gracias, la principal de las cuales está en el precio de venta al público de 0,0 pesetas. Luego: podemos trabajar juntos en un mismo programa con otro u otros usuarios, enviar archivos, comunicar en modo *chat* escrito (con ventana de diálogo), compartir una pizarra (de modo que podemos trazar un dibujo a cuatro manos tan ricamente)...

Es un buen programa. Grandón, algo torpe, bastante caprichoso, imprevisible, lento. Unos días va bien y otros, sencillamente, no acaba de conectar. No estoy enamorado de NetMeeting, pero creo que nos conviene acostumbrarnos a él, porque acabarán redondeándolo.

Un detalle a señalar es la abundante presencia de netmitineros españoles y de habla hispana en varias de las «conferencias».

Y una curiosidad: la cámara no está muy extendida entre los usuarios españoles, que se apañan casi todos con la mera voz.

DIRECCIONES:

NetMeeting se puede cargar en la página de Microsoft España: <http://www.microsoft.com/spain/ie/download/>. No se confunda: la posibilidad se ofrece debajo de «Descargue usted el producto que desea», en cada uno de los sistemas operativos.

Aplicaciones para telefonía:

INTERNET PHONE 4.5: <http://www.vocaltec.com>. Es el más popular. Un añadido le permite trabajar también con imagen en blanco y negro y color. Vale algo menos de 50 dólares.

POWPOW: <http://www.tribal.com/powwow/download/32a1default.htm>. Gratuito. Muy popular. Está en la versión 3.2. Ofrece la ventaja de que tiene un sistema para localizar a otros usuarios que estén en línea.

15. E HÍZOSE LA IMAGEN

Llevaba yo más de dos años de charleta no ya amistosa, sino incluso íntima, con NoName (respeto su afán de anonimato no comunicándoles a ustedes su verdadero nombre), en las palestras de CompuServe y, sobre todo, en WorldsAway —cada uno con su muñequito-avata—, cuando empezamos a perder contacto por difusas razones. Cada vez que tratábamos la cuestión del alejamiento, ella me insistía en el mismo consejo: «Cómprate una QuickCam». No le hice caso. Sigo sin hacerle caso, porque a uno no le sobra el dinero para goyerías.

Hace cuatro o cinco semanas, no obstante, NoName tuvo un arranque de generosidad y me envió un programilla que yo no conocía, el llamado ICQ de Mirabilis, que de inmediato instalé. Bueno, es un invento muy majo. ICQ nos permite saber si nuestros amigos (previamente incluidos en una lista, claro, porque no funciona por magia) están en línea y, por consiguiente, si podemos entrar en contacto con ellos. Si eso fuera todo, ya valdría la pena tenerlo instalado, por el ahorro de pesquisas que supone. Pero es que ICQ tiene también sus propias conexiones de mensajes, charlas, envío de archivos en tiempo real (puede usted hacer llegar una foto, por ejemplo, mientras habla con la persona que la recibe), paginador, etc., además de ofrecer siempre la posibilidad de utilizar directamente otras aplicaciones. Se lo recomiendo a ustedes con verdadero entusiasmo. (Si me quieren añadir a su lista, mi UIN —cuando estén dentro entenderán de qué se trata— es 1031144.)

El caso es que por el ICQ reafirmé mis relaciones con NoName y que ella, una noche, volvió a insistir en lo de la cámara digital. Le dije, como

siempre, que yo era un poeta pobre y que no tenía dineros que distraer en caprichoseríos cibernéticos. Entonces decidió fascinarme, la muy ladina, y, mientras seguíamos parlotando, me hizo llegar otro programa gratuito que yo no tenía instalado, aunque conocía bien: el CU-SeeMe de la universidad de Cornell. En cuanto lo monté —en un periquete—, NoName me ordenó que lo activase y que esperara un momento.

A los pocos segundos, en un recuadrito, apareció en mi pantalla una chica muy sonriente que me saludaba con la mano y me ofrecía un cigarrillo. Tengan ustedes en cuenta que cuando yo nací aún no se habían inventado los transistores, de modo que... Me quedé alelado. No funciona maravillosamente, hay violentos saltos entre fotograma y fotograma, la definición no es ninguna maravilla; pero el hecho de ver a una persona que está tranquilamente repantigada [[[OJO: NO ES ERRATA: REPANTIGADA]]] en el sofá de su casa, en camiseta y vaqueros, con el portátil en el regazo, a mil y pico kilómetros de distancia, constituye una experiencia abracadabrante.

Los que ya tienen cámara son unos elitistas y no les gusta dejarse ver por los fisgones unilaterales como yo, ni nos permiten acceder a sus «reflectores» (ya hablaremos de ellos, la semana próxima). Pero el futuro nunca ha habido quien lo pare, de modo que pronto nos veremos las caras. Todos.

DIRECCIONES EN RECUADRO:

ICQ se puede cargar en <http://www.mirabilis.com>.

CU-SeeMe se ofrece en <http://www.cornell.edu>.

Ambos programas son gratuitos.

Tomen nota, por favor, de mi nueva dirección electrónica.

16. (PARÉNTESIS)

Desde que iniciamos estos artículos, hace ya más de seis meses, llevo ateniéndome al intento de desplegar más o menos sistemáticamente las innumerables varillas del abanico Internet. Hemos renunciado, de entrada, a la profundidad y la erudición, que el lector debe buscar —cuando las necesite o le apetezcan— en las publicaciones *ad hoc*. Aquí estamos, más que nada, para convencernos todos de que la Red no es un misterio, ni un círculo esotérico cuyo entresijo de tecnicidades sólo pueden desentrañar los iniciados. Las puertas están cada vez más abiertas, y por ellas se añaden a la multitud de los interneteros unos cuantos miles de personas diarias. Dicen que ya somos un millón, sólo en España.

Hemos silenciado, también, la historia del fenómeno. Quienes llevamos en estos unos años hemos asistido al triunfo arrogante y avasallador de la Triple W, de la World Wide Web, que hoy en día se confunde e identifica con la Red en su totalidad. Los más románticos, que no son pocos (a juzgar por cuánto me escriben lamentándose), siguen aferrados a Telnet, Finger, lectores de noticias *trn*, lectores de noticias *tin*, ftp, Archie, Gopher, Veronica, Jughead y clientes wais. Todas estas viejas *maravillas*, que en su momento nos enamoraron, están ahora incrustadas en la WWW y ni siquiera las percibimos. Son historia asumida.

Digo todo lo anterior porque este artículo es un paréntesis en la norma, una especie de descansillo virtual donde sentarnos un segundo a reflexionar. Me gustaría que los lectores menos avezados, los que están agolpándose a la entrada de Internet sin saber muy bien dónde se meten, comprendieran que son exploradores y que, como tales, tarde a temprano van a encontrarse en tierras desconocidas donde sólo su inspiración e intrepidez podrán ayudarles. Antes de que la Red se convierta en algo tan anodino como la televisión o el teléfono —tan trillado, tan manejable, tan previsible—, nos quedan unas pocas temporadas de aventura. Láncense ustedes. No se queden encerrados en el correo electrónico y los charladores más elementales. Busquen no sólo lo que les interesa, sino también lo que puede interesarles, a ver qué es. Sorpréndanse. La oferta de sorpresas que nos tiende la Red es tan enorme, que difícilmente saldremos de una hora de excursión por sus mallas sin haber recibido alguna grata recompensa. Utilicen a fondo los *buscadores*, incluidos Olé u Ozú (da un poco de vergüenza propia y ajena, pero así se llaman dos de los principales buscadores patrios), confíen en el azar. A fin de cuentas, una de las buenísimas cosas de Internet está en su carácter inocuo: puede enfadarnos o frustrarnos o hacernos perder el tiempo —eso sí—, pero es imposible que nos cause ningún mal serio. Somos aventureros con garantía de no sufrir un rasguño.

ozú: <http://www.ozu.com>

olé: <http://www.ole.es/>

Y métanse en un mundo verdaderamente tumultuario, donde difícil será que no descubran cosas fascinantes, si gastan paciencia en ello y no se asustan ante el inglés por poco que lo hablen (hay cientos de cosas en español): <http://www.geocities.com>.

Una propina: si andan ustedes a la caza de un buen proveedor, no les vendrá mal una cacería por <http://www.areas.net/dp> (Dios proveerá).

17. ABUELITA CIBERNÉTICA

En largo email, « Abuelita cibernética » me regaña —con la dulzura propia de su cargo familiar— por haber escrito en esta columna que « los que ya tienen cámara son unos elitistas y no les gusta dejarse ver por los fisgones unilaterales como yo, ni nos permiten acceder a sus “reflectores” ». Ella utiliza la suya para mantenerse en cálido contacto casi diario con sus nietos de Nueva York.

En este mundo hay más excepciones que reglas, pero no tengo más remedio que insistir en lo apuntado: para participar plenamente en los recios o suaves placeres de la videoconferencia hay que tener una camarita. Son aparatejos cuya cotización va bajando en picado. Dentro de nada andarán por las diez mil pesetas. A lo mejor incluso andan *ya* por las diez mil pesetas, en alguna tienda bondadosa. Se conectan al ordenata, se instalan con la facilidad de costumbre (es decir: nos desesperan durante media hora y, cuando ya estamos a punto de renunciar para siempre a su uso, empiezan a funcionar como por milagro), y nos abren un desbocado apetito de encontrar a alguien con quien intercambiar la propia imagen.

No sirven para nada más, desde luego. Pero no es poco el partido que les saca nuestra « Abuelita electrónica », ni será escaso el que de ellas obtengan los enamorados escindidos por la distancia, ni dejan de tener su utilidad dentro de las empresas. La reina de todas ellas, en el mercado, es la QuickCam, una especie de bolita que se sitúa donde a uno le apetece y el cable permite —aunque ahora le surge fuerte competencia de la marca Kodak. No sé si recomendarles a ustedes que se gasten la pasta en comprar la versión en color, mucho más cara. Estos adminículos son juguetes primitivos. Yo creo que por el momento es mejor refrenar los impulsos consumistas. Cosa de acostumbrarse al futuro sin gastar demasiado.

Naturalmente, con las bolitas podemos comunicar de persona a persona. En tal caso, allá cada cual con sus usos privados. Pero también tenemos la posibilidad de entrar en algún « reflector », que es como se llaman los *clubes* organizados donde se reúnen a charlar « cara a cara » los dueños de cámaras. Algunos de ellos incluso toleran « lurkers », fisgones agazapados que ven y oyen sin intervenir. En general, son bastante aburridos y caóticos, aunque todos ofrezcan alguna curiosidad.

Recomendación: cotilleen ustedes un poco por los reflectores antes de comprarse la cámara, y entérense de todo lo que haya que averiguar. O yo ando un poco débil de neuronas, o estamos ante una inversión que sólo compensa cuando se tiene acceso a una buena peña o cuando le apetece a uno mucho la contemplación de rostros queridos y distantes. En recuadro encontrarán ustedes unos cuantos datos de interés.

El sistema de videoconferencia más utilizado (no quizá el mejor, pero siempre ganan los más utilizados) es Cu-Seeme, que se puede cargar en: <http://cu-seeme.cornell.edu/PC.CU-SeMeCurrent.html>

Una enorme información sobre el programa se encuentra en The Cu-SeeMe Cool Site (descarga, conversador para encontrar otros usuarios, mejores sitios, reflectores):

The Cu-Seeme page

<http://www.rocketcharged.com/cu-seeme/>

En cualquiera de los enclaves de Tuvows hay otras opciones. Propina al margen: prueben ustedes <http://www.pccomputing.com>.

Encontrarán de todo.

18. EL TERROR DE LA RED

Oh sí: la primera « maldición » de la Red es el inglés. La segunda, la pereza. Los lectores que más me escriben son gente de honrada sencillez informática, sin pretensiones técnicas, nada tendente —por lo común— al alarde técnico. Se conforman con sus chateos, sus electrocartas, alguna que otra incursión en mundos virtuales; en general, con la *comunicación* y el *ocio*.

Casi todos los días recibo varias cartas, o establezco algún contacto por ICQ (un batallón de lectores ha seguido mi consejo y se ha montado el programilla de Mirabilis), y casi todos los días me llega alguna muestra de las mismas actitudes. Primera: « Oiga, qué hago, no sé inglés ». Segunda: « Oiga, acabo de instalar tal o cual programa, explíqueme usted cómo funciona ».

Si no sabe usted inglés, como el Vito Manué del poema de Nicolás Guillén, mal asunto, con mal remedio. Mire: si piensa usted llevar una vida activa en este planeta durante treinta o cuarenta años más —en otras palabras: si es usted joven—, la inversión va a valerle la pena. El grado de dominio del inglés en las comunicaciones internacionales no sólo no va a aflojar, sino que tenderá a robustecerse en los próximos años. Siguiendo sin duda el consejo de Unamuno, son *ellos*, los anglos, quienes inventan, son ellos la única verdadera *cultura de creación* que existe en el planeta. Los demás vivimos en *culturas de recepción* y tenemos que *traducir*. Es verdad que las grandes casas informáticas cada vez nos ofrecen, generosas, más versiones en español de sus programas; pero no es menos cierto que en cuanto empiece usted a utilizar las herramientas a fondo va a encontrarse en un entorno de habla inglesa. Estudie. Aprenda, por lo menos, a *leer* en inglés. Verá cómo le cambia la vida.

La segunda gran « maldición » de Internet es la pereza, que también podríamos denominar « señoritismo ». El usuario instala su nuevo programa (mejor dicho: el usuario hace doble clic en un icono y el programa se instala él solito), lo pone en marcha, se queda un rato mirando la interfaz y decide que no entiende nada, que se lo explique alguien. Señores, así no puede ser. Hay que molestarse un poco. Abrir los menús, picar por aquí y por allá con el ratón, ver qué pasa cuando se abre tal o cual posibilidad. Probando y sufriendo hemos aprendido todos, porque las instrucciones suelen estar redactadas por crueles especialistas sin barrunto de espíritu divulgador, cuando no vienen en japanglés o espanglis, los idiomas más impenetrables que la raza humana ha concebido. Pruebe usted, y sufra. Botón izquierdo, botón derecho; un clic, dos clics; este menú, aquel menú. Al cabo de un par de días estará funcionándole todo. Y se pasa muy bien.

Algunas direcciones enviadas por los lectores (suprimo <http://> en todas ellas):

Editorial Cibertextos: www.bitniks.es

Centro Cultural La Beneficencia: www.cbcp.com/benefic

Casa Museo de Blasco Ibáñez: www.cbcp.com/VBI

Muchísima información: www.redestb.es/personal/cucufata

Alphaworld: www.worlds.net/alphaworld

Mundo Enteógeno: www.geocities.com/HotSprings/2938/index.htm

Huerta de Rey: www.mol.es/kiosco/huertaderey

Virginia Gasull: <http://www.geocities.com/Area51/9294/>

19. JUGUETE CARÍSIMO

La Gran Telaraña de la Triple W va derivando irremisiblemente hacia el multimedia. Todo cabe: sonido, imagen, telefonía, televisión, radio. Lo que empezó por un sistema de sencilla escritura se está convirtiendo en una pantalla donde confluyen todas las posibilidades técnicas de la comunicación humana. Estamos tan fascinados ante la metamorfosis, que ni siquiera nos importa que casi nada funcione, o que casi nada funcione de un modo comparable con el nivel que cada medio alcanza *fuera* de la Red. Hay radio por Internet, pero se oye —aunque nos juren lo contrario— peor que un transistor barato. Hay televisión por Internet, pero se ve en una pantallita insignificante, donde todo se mueve a sacudidas y donde cualquier coincidencia entre la voz y el movimiento de los labios es fruto del azar. Existe la posibilidad de hablar *como* por teléfono, pero con una calidad de audición que no le toleraríamos ni a Telefónica. Y bueno, sí, las páginas de la Web rebosan de riquezas gráficas, pero —en la vida real, para los

usuarios que funcionan por medio de un módem—, la lentitud de carga hace verdaderamente desesperante su visualización... Si alguien me acusa de estar exagerando, será porque tiene acceso a posibilidades y equipos fuera del alcance de los interneteros peatones.

Los navegantes actuales somos unos pioneros y debemos contentarnos con las facilidades primitivas que nos brinda el sistema. Ante lo cual no habría nada que decir —porque, aun en su rudimentaria fase actual de desarrollo, la Red sigue siendo el juguete más fascinante jamás inventado—, si no fuera por lo que nos cuesta. La pantalla, las lucecitas del módem, los altavoces, el micro, contribuyen a que olvidemos con demasiada frecuencia la brutal realidad: por debajo de todo ello está el teléfono; y la no menos brutal factura nos lo recuerda cada dos meses. A lo mejor no es así, pero muchísimos interneteros vivimos en la sensación de que Telefónica nos expolia. No me refiero solamente al hecho (muy aireado últimamente en las revistas informáticas) de que, siguiendo turbios criterios, nos cobre los enlaces fallidos, que por sí solos pueden añadir muy buenas pesetas a cada factura. Lo peor es que las cuentas no salen, por más dedos que les eche uno: según mi última factura, y aplicando la aritmética elemental, yo me he pasado una media de cinco horas diarias al teléfono durante los últimos dos meses. Y no es así. Ni siquiera estoy *tanto* tiempo despierto en casa.

En el futuro, la comunicación telefónica tendrá que hacerse prácticamente gratuita para que alcancen su óptimo las posibilidades de la Red (la tele, la radio, el teléfono, la comunicación permanente con los centros de noticias). De otro modo, nunca habrá suficientes usuarios que sostengan el tinglado.

Y el juguete será sólo para los ricos.

20. NOTICIAS ARRACIMADAS

Hasta ahora no hemos hablado de los «grupos de noticias» o «Newsgroups», otra de las posibilidades tremendas e imposibles de organizar o controlar que nos ofrece la Red. En realidad, creo que se trata de un sistema en vías de extinción, de escaso interés para nuevos usuarios. (Matizo: voy sabiendo, a costa de las cartas que ustedes me envían, que el nuevo usuario se distingue del más veterano sobre todo porque entra en la Red sin la más leve intención de esforzarse en aprender. Quiere —y tiene razón, qué diablos— que las aplicaciones funcionen perfectamente por sí mismas, que sean ellas las que hagan todo el esfuerzo. Y la verdad es que la mayor parte del *software* actual está orientado a cumplir con tal requisito.)

Los grupos de noticias provienen de los tiempos más heroicos de la Red, cuando todos los interneteros eran aspirantes a expertos y se pasaban las horas aprendiendo cosas e intercambiando información: una gozada para eruditos esotéricos, que se ha perdido ya. En lo esencial, cada grupo es un «tablón de anuncios» temático, donde usted puede dejar un mensaje, tanto para simple información de los demás usuarios como para cambiar datos u opiniones sobre alguna cuestión. Hay miles y miles de grupos, sobre casi todos los temas imaginables e inimaginables. El acceso es libre y, por lo general, nadie controla lo que usted dice o deja de decir, de modo que —evidentemente— éste es uno de los campos donde más posibilidades hay de toparse con sorpresas de gran calibre o información difícil de obtener en las páginas de la Web. Por esta vía pudieron funcionar (y puede que aún funcionen) los negocios de pornografía infantil, pederastia, trata de blancas, etc., que tan torva reputación han dado a la Red. Los grupos de noticias son un caos incontrolable, donde no hay modo humano de ejercer ningún control ni ninguna censura. Lo cual es bueno casi siempre, pero da lugar —como la vida misma, no me cansaré de repetirlo— al buen medrar de los malvados.

Casi todos los proveedores de Internet están conectados a un *servidor* de noticias, y usted mismo tiene uno, aunque quizá no lo sepa. Le bastará con configurar la opción «Newsgroups» o «Noticias» en su Netscape o en su Explorer, siguiendo las indicaciones que le dé su proveedor (está obligado a dárselas, se ponga como se ponga). Luego, cuando entre, el sistema le ofrecerá una lista de grupos, inmensa, y usted podrá elegir a cuáles quiere suscribirse. Tendrá que pasarse un buen rato mirando, porque los nombres son a veces poco indicativos, y otras veces resultan de un explícito que no deja campo a la más pequeña duda (¿de qué puede ir *alt.sex.masturbation*, por ejemplo?). Los que empiezan por «es.» son españoles. No hay demasiados ni están muy vivos, pero vale la pena echarles un vistazo.

Si están ustedes interesados, ni lo duden: beban toda la sabiduría «News» en <http://usuarios.bitmailer.com/miguelc/news/NewsFAQ.txt>, «Todo lo que siempre quiso saber y nunca se atrevió a preguntar sobre las “News”». No deja nada por resolver.

Buena ayuda para encontrar lo que busquen les espera en Deja News, The Source for Internet Newsgroups, <http://www.dejanews.com>. No es perfecto, pero ¡qué esfuerzo han hecho!

21. EL LADO SALVAJE

Bueno, pues tendré que hablar de la pornografía. Ya saben ustedes: la Gran Culpa de Internet, según esos Medios siempre dispuestos a salvar nuestras almas y nuestros cuerpos de la corrupción y el pecado. Antes de la Red, la pornografía estaba metidita en su sus reservas para réprobos y no ponía en peligro la salud moral de los santos ciudadanos. Ahora, cualquiera puede pervertirse, por cuatro perras y sin esfuerzo especial. Un horror.

La verdad, yo creo que mienten, como de costumbre. Internet da un miedo espantoso a ciertos Poderes, porque abre caminos hacia la libertad de comunicación entre los humanos del mundo entero, y eso no está bien, eso hace que no puedan controlarse con la eficacia de siempre los pensamientos y la ética del personal. Quienes mandan siempre desean que sus súbditos sean homogéneos, dóciles y sólidos como un berrocal en sus principios tribales (quiero decir nacionales). La Red puede sembrar la diversidad, la duda, las preguntas, la busca de soluciones ante el problema imposible... Etcétera. Internet es muy mala para la propaganda, la manipulación, la aduana mental. O sea: ya encontrarán el modo de domeñarla. Seguro. No se apuesten ustedes una peseta.

Una de las mejores excusas para justificar la eliminación de la libertad dentro de Internet es la pornografía. Pobrecilla. Miren ustedes: en Internet hay cosas absolutamente repugnantes. Hay páginas de proselitismo nazi, racistas, terroristas (la propia ETA), nacionalistas feroces, mentirosas, estúpidas, cretinas, lo que ustedes quieran. Uno se puede echar a perder la cabeza si escucha a los malvados y a los imbéciles, como en la vida real. Pero la pornografía... La pornografía, más que ninguna otra cosa, es más bien inocentona y, sobre todo, casi toda ella muy yanqui (es decir: tirando a cursi). No digo que no vayan ustedes a encontrarse, en sus navegaciones más arriesgadas por el lado salvaje, con imágenes y propuestas sexuales verdaderamente poco recomendables. Ya saben ustedes, o deberían saberlo, que en ese campo hay gente para todo, y que esa gente tiene el mismo acceso a Internet que las llamadas «personas normales y sanas». De modo que sí, que va usted a ver unas fotos que lo van a dejar con el aliento acelerado, si se mete en las peores páginas. (Prefiero no dar ejemplo, no sea que me gane unas cuantas broncas de los lectores.)

Pero el caso es que no tiene usted ninguna obligación de entrar en esas páginas, ni puede meterse en ellas inocentemente, por casualidad, como desemboca el paseante en el barrio chino de una ciudad desconocida. Todas ellas llevan portadas explícitas, que nos avisan de lo que nos espera en el interior. Si usted sigue adelante, será porque está buscando cositas feas (o guapas, depende de cómo lo mire, claro). Y si las está buscando, ¿con qué derecho va a quejarse cuando las encuentre?

Ah, bueno: los niños. A los niños y niñas hay que protegerlos de la pornografía. La semana que viene hablaremos de cómo montar vallas protectoras para los pequeños inocentes, y de otras cuestiones de sexo interés.

Un documento sobre lo lícito y lo ilícito en Internet:

<http://araneus.um.es/~um-siu/mes/mes.htm>

Como comprenderá el lector, no es esta revista el sitio más adecuado para incluir direcciones en que levantar piezas pornográficas. De hecho, tan pronto como encuentre usted la primera, todas las demás le irán viniendo solas, porque están enlazadas entre ellas en una especie de tupida red mundial. Una advertencia: casi todas son de pago, mediante tarjeta de crédito, y no hay modo alguno de comprobar la honradez de sus gerentes. O sea: ándese con ojo. Y no deje nunca las tarjetas de crédito al alcance de los niños.

22. NIÑOS ABSTENERSE

De modo que sí, que hay auténticas cordilleras de pornografía en Internet, que sin duda cabe suponerles a los más jóvenes cierta tendencia natural a escalarlas. Lo cual, por otra parte, tampoco resulta muy difícil, como bien sabemos todos los navegantes: ponga usted cualquier cosa en un buscador, aunque no tenga nada que ver con el sexo, aunque vaya de física cuántica, y le saldrá una página de contenido erótico.

El problema, pues, existe, como en la vida real existen las revistas y las películas que no deseamos dejar ante los ojos de nuestros hijos. No, quizá, porque seamos unos carcas o porque nos inclinemos por la represión, sino sencillamente porque cada faceta de la sexualidad tiene su punto (y su punta) de madurez, y no nos parece oportuno que un chaval o chavala de diez años vea gráficamente confirmadas sus confusas sospechas sobre el tema. No pretendo hacer un drama de la cuestión, que conste: nadie va a morir a ver torcida para siempre su inteligencia o su sensibilidad por causa de un choque prematuro con el bestialismo, la sodomía, la pederastia o cualquiera de las abundosas variantes de la libido. Pero tampoco se puede criticar a los padres que desean evitar estos conflictos potenciales a sus hijos.

La propia Red ha generado todo un sistema de defensas, dentro de las posibilidades que ofrece la programación informática. En el recuadro encontrará usted direcciones donde puede cargar programas capaces de controlar más o menos el acceso de sus hijos a las páginas pecaminosas, violentas, racistas, « políticamente incorrectas » o sencillamente no

aceptables por usted. Ninguno de ellos es perfecto y muchos —como hechos en la verdadera patria del puritanismo, los Estados Unidos de Norteamérica— rozan lo ridículo, porque cierran acceso incluso a los cuadros que cualquier pequeñajo ha visto cien veces en los libros y en los museos. Si en verdad vive usted atemorizado ante la posibilidad de que sus hijos descubran el mundo del sexo salvaje, más vale que no se fíe del todo de ninguno de estos programas: todos pueden sortearse de algún modo, y tengan la seguridad de que los pequeños navegantes acabarán descubriendo el truco. El resumidas cuentas, la única forma de eliminar completamente el *peligro* es no permitir que los niños jueguen con el módem, o permitirlo sólo cuando estén vigilados. También está, claro, la apelación a la bronca a posteriori: a fin de cuentas, el « histórico » de los navegadores suministra información muy fehaciente sobre las páginas que sus hijos hayan abierto, con detalle de la hora y del día en que las han abierto. De modo que los puede usted pillar sin ningún problema.

En fin: mis hijos ya no tienen edad de que me preocupe por ellos en ese campo, pero la han tenido hasta hace muy poco, y me consta que se han paseado por Internet a su libre antojo. Ninguno de los dos presenta síntomas de monstruosidad ni desequilibrio irreversible. No es para tanto.

Direcciones y programas de protección infantil:

Parental discretion:

<http://californiacentralcoast.com/busi/cezar/pd/order.html>

SurfWatch: www.surfwatch.com

INFOCARE: Max Dragon: www.infocare.com/product.htm

Cyber Patrol: www.cyberpatrol.com

Cyber Sitter: www.solidoak.com/index.htm

Net Shepherd: www.shepherd.net/

SafeSurf: www.safesurf.com

WebSense: www.netpart.com/websense97/index.html

23. LA GRAN ELECCIÓN (I)

Hay que abrazar partido, señoras y señores. Hay que ser microsoftiano o netscapino. Ya están aquí, cara a cara, como dos perros de combate encerrados en un corralón, los dos navegadores *casi* definitivos, *casi* completos y *casi* satisfactorios. Internet Explorer 4.0 Preview 2 contra Netscape Communicator 4.01a. Ustedes a lo mejor funcionan tan tranquilotes con sus versiones vetustas, pero me temo que no van a poder seguir así: todas las páginas de todo el mundo irán adaptándose a los nuevos

hechiceros, y en cuestión de unos meses se quedarán ustedes interneteramente ciegos y sordos si no utilizan UNO de los DOS pajaracos grandes.

Grandes y gordos: auténticos comecocos de disco duro y de recursos. ¿Cuál elegir? Pues, mire usted, no tengo ni idea. Yo utilizo los dos. ¿Por qué? Porque prefiero el Netscape Communicator: me parece más completo, más sencillo, más detallista, más amistoso, menos imponente en sus excesos, mejor pensado en la estafeta de correos. Pero el caso es que también he instalado el Explorer 4.0, dejándome engatusar por su integración en Windows '95. Ya, ya lo sé: la integración no funciona *del todo* bien; pero añade toquillos que a uno le gustan, sobre todo en el escritorio. La desaparición del doble clic para abrir los iconos, por ejemplo. Los matices de color, con ese *dégradé* tipo Las Vegas que tan fino resulta. El Outlook, que a lo mejor me lo aprendo un día y me deja enamorado (aunque llevo posponiendo mi pasión desde que instalé el Office 97, hace ya unos cuantos meses). Son tonterías sin las cuales se puede vivir perfectamente, pero que al fin y al cabo tampoco cuestan un duro.

En cuanto a las memeces, ninguno de los dos tiene nada que echarle en cara al otro. Les sobra un montón de mecanismos innecesarios. Y la gran estupidez de moda es el sistema de « Channels », que, dicho en pocas palabras, le permite a usted mantener una conexión fácil y más o menos actualizada con una serie de páginas como (en la versión hispana de Internet Explorer), *Canal Plus*, *Marca*, *El País Digital* o *Legend*. O yo soy todavía más tonto que los inventores del asunto, o los « canales » no sirven para nada (además de no funcionar *del todo* bien, tampoco). Es más cómodo y más sencillo conectarse directamente con las páginas que uno prefiere, cada vez que uno quiere.

En fin: en las revistas técnicas encontrarán ustedes sesudas comparaciones entre ambos navegadores. Casi todas culminan, tras varias páginas de análisis, en la estupenda conclusión siguiente (más o menos explícita): *todos sabemos* que Netscape Communicator es algo mejor que Explorer 4, pero *todos sabemos* que acabará ganando mister Gates, entre otras cosas porque vendrá Windows '98, lo compraremos, lo instalaremos, y sin comerlo ni beberlo tendremos el *iE* montado en el ordenador y acaparando todas las funciones de Internet. Es tan seguro como si ya hubiera sucedido.

Pero hay otras quisicosas (como lo de pagar o no pagar) que veremos la semana próxima.

24. LA GRAN ELECCIÓN (II)

Transcurridos unos cuantos días más en mi descomunal batalla a brazos partidos con los navegadores estelares, no puedo sino abundar en la apresurada conclusión del artículo anterior: tanto monta, monta tanto, el Microsoft Explorer como el Netscape Communicator (ambos en sus últimas versiones, añadamos, no sea que alguien no haya leído lo escrito la semana pasada y no sepa de qué va el asunto). Este empate es ya noticia, porque hasta ahora Microsoft no había logrado nada comparable a Netscape.

Resumiendo (insisto: tras muchas horas de uso de entrambos cacharritos), sólo encuentro las siguientes diferencias interesantes. *Una*: el correo de Netscape me parece mejor que el de Explorer, a pesar del « golpe » gráfico que aporta este último con Outlook. *Dos*: creo, en cambio, que la gestión de los grupos de noticias está mejor pensada en el Explorer. *Tres*: NetMeeting (Microsoft) es claramente mejor y más versátil que el sistema de conferencias de Netscape (lo cual no quiere decir que ninguno de los dos sea bueno y útil de verdad para los usuarios particulares). *Cuatro*: la gestión de los marcapedáginas o « bookmarks » es *enormemente* superior en Netscape. *Cinco*: el nuevo sistema de « canales » preelegidos y auto recargables y abigarradetes no funciona bien en ninguno de los dos, ni sirve para nada que yo haya sabido colegir (salvo, quizá, para volcar unos cuantos kilos de bytes en el disco duro). Puedo decir todo lo anterior de un modo más teatral: estoy utilizando ambos, y tal es el parecido entre ellos, que muchas veces tengo que fijarme bien para saber en cuál de los dos me encuentro.

En términos generales, para los usos más corrientes a que uno aplica los navegadores, Explorer y Communicator significan un adelanto considerable sobre lo que teníamos antes. Son más rápidos y más fáciles de manejar, ofrecen más posibilidades y, en general, alcanzan un tolerable grado de estabilidad.

No sabría qué contestarles a ustedes, por otra parte, si me preguntaran por los requisitos mínimos verdaderos (no los muy optimistas que marcan los fabricantes) de uno y otro. Yo uso un Pentium 166 con 32 megas de RAM y un USRobotics Sportster Voice 33.6. No es nada del otro jueves, como equipo, a estas alturas del año, pero con él puedo trabajar sin problema alguno con ambos navegadores cargados al mismo tiempo, más el Word 8, más algún que otro jeribeque suplementario. O sea: supongo que el mínimo de los mínimos tiene que andar por un Pentium 100 con 16 megas de RAM y un módem 33.6, siempre que no espere usted milagros de velocidad.

En fin... Como ya les decía en el artículo anterior, el factor decisivo, lo que puede llevar a que todos ustedes opten por el Explorer (y yo con ustedes, a pesar de mi lealtad hacia Netscape) es su integración en Windows

'95, que aporta novedades y retoques muy interesantes al sistema operativo. Hay mucho de fanfarria en el asunto, lo reconozco, pero la verdad es que ahora no querría pasarme sin los cambios que Explorer 4.0 Preview 2 ha colado de rondón en mi pantalla: clic único para arrancar las aplicaciones, iconos mejor trazados, posibilidad de utilizar múltiples barras de herramientas, incorporación del navegador a otras utilidades y a las diversas ventanas... Una multitud de detallitos que se agradecen de veras en el uso diario y que --dicen los expertos-- vienen a ser un anticipo de Windows '98 (o como quiera que se llame cuando llegue el muy aplazado momento de su puesta en servicio).

Nos queda, además, una cuestión peliaguda: Explorer es oficialmente gratuito y Netscape no es oficialmente gratuito. Este detalle no afecta a los usuarios particulares, que pueden obtener Communicator sin deshacerse de sus preciados dólares (estúdiese usted el área de descarga de Netscape), pero sí que tendrá influencia en la elección de navegador por parte de las compañías privadas, organismos oficiales, etc., que obviamente se inclinarán por Explorer en cuanto vayan poniendo Internet a disposición de sus empleados. Ahí tienen ustedes, por tanto, otro factor de triunfo para Microsoft.

Conclusión: yo pienso mantener ambos navegadores en el disco duro y manejar el que más me apetezca o convenga en cada ocasión; pero es casi seguro que Explorer acabará imponiéndose. Tome cada cual su propia decisión.

Hay versiones disponibles de Explorer 4.0 para Windows 3.11 y para Mac. Apple, de hecho, acaba de anunciar que sus ordenadores vendrán de fábrica con el navegador de Microsoft.

Netscape Communicator existe en versiones para Windows '95, Windows 3.1 o 3.11, Mac, OS/2 y Unix.

Ambos programas pueden cargarse en las páginas de sus fabricantes, Microsoft (que, por cierto, tiene una nueva dirección « europea », <http://www.eu.microsoft.com/spain>, mucho más rápida) y Netscape (www.netscape.com). No puedo dejar de decir que el número 38 de la revista *PC Media* trae ambos navegadores en CD-Rom adjunto.

25. LA GRAN ELECCIÓN (III)

Con las prisas por no aburrir, y limitado en el breve espacio de estos artículos, se me hace evidente ahora --por las cartas que ustedes me envían--

que he ido dejándome atrás unos cuantos conceptos de necesaria mención. Vamos a dedicar un par de semanas a rellenar lagunas.

En primer lugar, algo que todos ustedes saben, desde luego, pero que quizá no hayan llegado a captar en toda su dimensión: la Red ofrece la permanente posibilidad de actualizar las aplicaciones, utilidades, controladores, etc. En lo que más nos interesa aquí --los navegadores--, veo con no poco asombro que algunos lectores no los han actualizado nunca, cuando las últimas versiones pueden cargarse en las páginas de Microsoft y Netscape con bastante facilidad. Hay, además, toda una serie de « patches » (parches), « plugins » (añadidos), etc., que deben incorporarse a las versiones estándar. No dejen de hacerlo. De otro modo, siempre estarán ustedes tropezando con las dificultades y carencias que me mencionan en sus cartas. (Entre paréntesis: el propio Windows '95 ha sido objeto de diversas actualizaciones y añadidos desde el momento, ya algo lejano, en que se lanzó. En la página de Microsoft hay toda una sección dedicada al efecto. De hecho, la tendencia general en todas las páginas oficiales de los fabricantes de software consiste en ofrecer actualizaciones gratuitas. Investiguen esta posibilidad, porque vale el esfuerzo.)

Quizá tampoco haya quedado muy clara a todo el mundo la cuestión de la carga de archivos. En general, cada página da sus instrucciones al respecto, pero todas suelen coincidir en lo mismo: pique usted en *Download* y bájese lo que desee. Luego, haga doble clic en el nuevo archivo que ha aparecido en su disco duro y a) descomprímalo, o b) ejecútelo. Los que vienen comprimidos --*.zip para PC, *.hqx para Mac, por lo común-- suelen traer en las tripas un archivo de instalación (*setup.exe*), que se ocupa por sí solo de añadir al sistema la aplicación o utilidad de que se trate. Los que traen la terminación *.exe son directamente programas de instalación... Pero no se olvide usted de unas cuantas cosejas importantes: Apunte el nombre del archivo que va a descargar, para poder encontrarlo si se le pierde en el disco duro. Hágase una carpeta de *Descarga* y aloje en ella los nuevos archivos (nunca utilice a este efecto el directorio raíz, porque acabará usted convirtiéndolo en un auténtico revolcadero de megabytes). Utilice un directorio temporal para pasar a él los archivos procedentes de una descompresión. Una vez instalado el programa o utilidad, no se olvide de borrar los archivos de instalación; no despilfarre el espacio de su disco duro... Y ojo con lo que descarga: puede usted fiarse de las páginas oficiales, por lo general, pero tenga en cuenta que en cualquier archivo *.exe, *.com o incluso *.scr (salvapantallas) puede venir un virus.

La semana próxima hablaremos de la descompresión, del *shareware* comparado con el *freeware*, y de cualquier otra cosa que a ustedes se les ocurra y tengan a bien comunicarme.

Algunas páginas oficiales:

Netscape: www.netscape.com

Microsoft España: www.eu.microsoft.com/spain

IBM: www.ibm.com/

Intel: www.intel.com/

Apple: www.apple.com

Lista de direcciones: www.sunandwind.com/link_pages/internet.htm

26. NOCIONES MUY BÁSICAS

A poco que le cunda a usted el tiempo en Internet, nada más empezar va a encontrarse con el rotundo hecho de que la mayor parte de los archivos que pueden cargarse vienen comprimidos. Es decir: vienen reducidos en tamaño (como los alimentos deshidratados, digamos, para entendernos) y hay que restaurarles las dimensiones originales. Esta reducción tiene un motivo evidente: podemos cargar con mayor rapidez, o dentro de periodos de tiempo más razonables, archivos de grandes dimensiones que de otro modo nos tendrían horas con la línea ocupada y enriqueciendo a Telefónica.

De modo que necesitan ustedes, sin excusa ni pretexto, algún programa que les descomprima los archivos cargados. En el recuadro encontrarán direcciones donde obtenerlos. Yo les recomiendo, además, que prueben una utilidad verdaderamente lujosa en su facilidad de uso y en su capacidad de ayuda, no sólo para descomprimir archivos (que no es su función principal), sino para manejarlos con una rapidez y eficacia que no nos ofrece Windows. Me refiero al WinCommander (véase la dirección en el recuadro).

Se encontrará usted, también, con otro hecho de la cibervida: hay archivos que se dan de balde (*freeware*) y archivos que pueden cargarse a título de prueba, pero que luego hay que pagar (*shareware*). En muchos casos, el pago por estos últimos es cuestión de honradez, porque los programas no vienen especialmente protegidos, y se limitan a recordarle a usted indefinidamente su condición de moroso. Otras veces, los *shareware* llevan limitaciones de uso o de tiempo, y hay que pagarlos en cuanto nos convencemos de su utilidad. En este último caso se hallan tanto el mejor compresor/descompresor existente, WinZip, como el Windows Commander recién mencionado. Pero gástese el dinero en ambos, porque sin duda alguna vale la pena.

Una utilidad complementaria, también muy interesante, sobre todo si anda usted mucho por las « Noticias » o *News* es Stuffit Expander, que descripta los formatos *.sit, *.uae, *.hqx y *.bin.

Y nos queda una recomendación inevitable: ojo con los virus. Yo he tenido la suerte, en todos estos años, de no tropezarme *nunca* con un virus en Internet (quizá porque procuro no cometer desatinos en la carga de archivos de origen dudoso), pero conozco gente que ha vivido amargas experiencias. Como consejo general, convénzanse ustedes de que han de tener instalado, en funcionamiento permanente y ojo avizor, un buen programa anti virus. No para actuar cuando ya está el virus en nuestro ordenador, sino para impedir que nos entre. Yo uso el McAfee porque viene todos los meses, actualizado, en el CD-Rom de una revista inglesa. Otros pueden valerles. Pero no se distraigan. No abran archivos con terminación *.exe o *.com que no procedan de fuentes fiables. Anden cautos con los salvapantallas (*.scr), porque pueden disfrazar en su interior un programa *.exe. Mil ojos con los documentos de Word, donde a veces vienen muy antipáticos virus de macros (Microsoft ofrece gratuitamente, en su página, un método para contrarrestarlos). Pero no se pongan muy nerviosos: los anti virus son bastante eficaces, añadiéndoles prudencia propia, y recuerde que NO PUEDE haber virus en los archivos gráficos de cualquier índole (*.jpg, *.gif, *.tif, etc.).

PKZIP: <http://www.pkware.com/pkz204g.html>

WINZIP: <http://www.winzip.com/download.html>

WINCOMMANDER: <http://www.ghisler.com/>

STUFFIT EXPANDER: <http://www.aladdinsys.com/consumer/expander1.html>

Todos estos programas, más el anti virus que a usted más le apetezca, pueden cargarse en TUCOWS: <http://www.tucows.com/>

27. NO ESTAMOS SOLOS

No incurro en disparate afirmando que los datos sobre el uso de Internet en el mundo son poco fiables: el margen de error de las mediciones es altísimo, y los diversos criterios que se aplican para auscultar el medio ni siquiera son homogéneos o comparables. Sabemos con alguna precisión (tomo el dato de la revista *Wired*) que dentro del hemisferio «occidental» el acceso a Internet sólo falta en Rumania, Guayana Francesa y Haití, aunque también está severamente limitado en Guyana y Cuba. En África está excluida toda la faja central, de Libia a Namibia. En los países árabes rige la prohibición o el acceso exclusivo para fines gubernamentales o universitarios. En Asia, China aplica idénticas restricciones, mientras que la Red está prohibida en

Afganistán, Pakistán, Laos, Vietnam, Corea del Norte... No nos hallamos, pues —todavía—, ante un auténtico fenómeno universal.

En España, según el estudio de la Asociación para la Investigación de los Medios de Comunicación (www.arroba.es/aimc), en abril/mayo de este año había 1.342.000 personas con acceso a la Red (el 3,9% de la población). Cuatro de cada cien españoles; pero es que hace poco más de un año (en febrero/marzo del 96) éramos 487.000, lo que quiere decir que en ese breve periodo de tiempo hemos aumentado un 275,6%. Si el crecimiento de usuarios siguiera a ese ritmo, en abril/mayo del año que viene andaríamos rondando los 3,7 millones, y en 2000 --pongamos por fecha mágica-- nos acercaríamos a los 30. La proyección puede parecer exagerada, pero tengan en cuenta ustedes que los interneteros casi nos triplicamos cada doce meses. Seremos mayoría. Seremos mayoría no sólo en España, claro, sino en toda Europa y América. Extraiga cada cual las conclusiones, de política y de sociología-ficción, que más le apetezcan.

Tengo que subrayar, por otra parte, un dato que no puede sino dejar flácidos de sorpresa a los más veteranos: las mujeres están ocupando la Red. ¿Recuerdan ustedes los tiempos en que no había señoras ni señoritas en ninguna parte, mirara uno donde mirara? Pues ya suman el 39,5%, en España, y se acercan al 50% en EE UU. El cambio es trascendental, porque contribuye a rebajar las ínfulas esotéricas y «tecnoelitistas» de Internet (con esto no quiero decir, por supuesto, que las mujeres sean bobitas; al contrario: quiero decir que los hombres tienden al fanatismo tecnológico y a la constitución de grupos prohibidos para todo el que *no sabe*). Voy a equivocarme, pero me atrevo a predecir que no están muy lejos los tiempos en que tendremos mayoría femenina.

En fin: el estudio recoge otros muchos datos que aquí no nos caben, pero para eso está Internet: visite usted mismo la página de la AIMC.

LAS DIEZ PÁGINAS MÁS VISITADAS POR LOS ESPAÑOLES

Microsoft:	www.microsoft.com
<i>El País</i>	www.elpais.es
<i>ABC</i>	www.abc.es
<i>El Mundo</i>	www.el-mundo.es
Netscape	www.netscape.com
Yahoo	www.yahoo.com
Recoletos/Marca/Expansión	www.recoletos.es
<i>El Periódico</i>	www.elperiodico.es
CNN	www.cnn.com
IBM	www.ibm.com

(Según el estudio de la AIMC, abril/mayo 1977.)

28. APARTA DE MÍ, IGNORANTE

Todas las semanas llegan 15 ó 20 cartas-e de los lectores. Por milagro de la bondad humana —que no por mérito mío—, rara es la vez en que alguien escribe para echarme en cara algo. Casi todo el mundo entiende que estos artículos no son para sabios, sino para seres normales que tienen curiosidad por Internet, que les apetece enterarse de qué va. Como dice una carta que he recibido, la sección no es “seria”.

¡La terrible seriedad hispana! El comunicante empieza poniendo en mi conocimiento que nunca me lee, porque es un profesional y sólo usa revistas informáticas serias (observen que he quitado las comillas: hay revistas informáticas serias, sin duda), pero que esta vez sí me ha echado un vistazo, y que se percibe a la legua que no tengo ni idea. ¿Cómo se me ocurre recomendar el anti virus de McAfee, cuando todo el mundo sabe que el peor y el que más problemas da? Es mejor el F-prot y, desde luego, el Panda.

Conste que me parece muy bien: no tengo nada en contra de lo que menciona. Pero, claro, yo también leo revistas serias, de varios países, y en ninguna recuerdo haber visto que MacAfee se califique de nefasto. Es, llanamente, uno de los dos o tres anti virus más utilizados del mundo.

La cosa no tendría importancia si no fuese por el factor de desánimo que los profesionales “serios” suelen inyectar en el ambiente de todas las ciencias —incluida la informática—, como si les molestase que su coto se viera invadido por una caterva de aprendices. Hay expertos informáticos que tienden a comportarse como esos médicos que no se molestan en hablar con el enfermo, partiendo del principio de que no entenderán nada. Y si usted les dice algo, un mero comentario, no le contestan. ¡Qué sabrá usted de su hígado!

No hagan ni caso. La informática, en sus honduras, es en efecto una ciencia muy ardua. Pero su *funcionamiento* está al alcance de cualquiera. Para manejar una base de datos no hace falta tener idea de números binarios o hexadecimales; ni de programación. Para eso están las instrucciones, para eso están los programadores: para que nosotros no tengamos que saber nada.

O sea: no se me dejen ustedes desanimar por nada. La informática tiene una base que está hecha de ciencia, sobre la cual sólo se puede hablar con buen conocimiento. Pero la informática tiene un funcionamiento más opinable, sobre el cual no hay verdades absolutas. ¿Es mejor WordPerfect que Word? Depende de lo que a usted le parezca, porque “mejor”, en el

funcionamiento, siempre significa “para mí”, salvo en los casos de productos evidentemente fracasados.

Sin ningún miramiento: utilice lo que mejor le parezca y más gozo le proporcione.

29. MUCHOS LIBROS

Hay quien ve en Internet no ya una feroz amenaza contra la letra impresa, sino una especie de humilladero de la cultura, un método para castrar nos las neuronas y dejárnoslas sin rabito.

Pero el caso es que la Red vendrá a ser una bendición para la letra impresa. Sin entrar en lo obvio (a saber: que mucho gráfico y muchos colorines, pero la información nos viene alfabética), lo más previsible es que Internet nos traiga un vuelco espectacular en los sistemas de distribución y localización del libro. No se trata de que usted lea novelas en un monitor de 14 o 15 pulgadas, claro está. Eso, hoy por hoy, mientras no se invente el libro-ordenador, un objeto que parezca un libro, que tenga el tacto de un libro, pero en cuya pantalla, blanca y pura como el mejor papel, puedan reproducirse todos los textos, página por página..., mientras no se invente ese objeto --fácil de inventar, por otra parte; pero aún no se les ha ocurrido, para qué--, seguiremos leyendo del papel. Lo que va a cambiar es nuestro comportamiento a la hora de encontrar el libro que queremos leer.

El libro impreso pasa de la editorial a la distribuidora y de ésta a la librería donde lo encuentra usted (si lo encuentra, porque hay demasiada oferta, y ningún librero mantiene en stock ni siquiera la décima parte de los títulos disponibles). Pero ya, en este momento, la Red está llenándose de establecimientos electrónicos donde usted puede localizar *su* libro en pocos segundos, recibir información sobre él, encargarlo y, al poco tiempo, recibirlo en casa. Sé que la imaginación de mis lectores sabrá deducir la enorme retahíla de consecuencias que semejante novedad puede aportar --y que el poco espacio disponible no me permite ni esbozar aquí--. Jamás ha habido en el ámbito de la cultura una herramienta de difusión del libro que pueda compararse a la página de la librería electrónica Amazon, monstruosamente bella en su enorme cantidad (2,5 millones de títulos disponibles). Todavía no hay nada comparable en español; pero no se preocupe, que ya viene.

Por otra parte, la disponibilidad de títulos en Internet es también copiosísima. Casi todo en inglés, claro. O en sus idiomas originales —latín, griego—, cuando se trata de literatura clásica. Así, por ejemplo, podrá usted encontrar prácticamente TODA la literatura en lengua inglesa anterior a

1900 --y para qué explicarle la ventaja que ello puede aportar a un estudioso o aficionado fuerte. En español... Corramos un tupido velo. O yo no he sabido buscar (ilústrenme ustedes, por favor), o no hay sino tímidos intentos con muy poco contenido.

¿No podría ocuparse algún Ministerio de Educación? ¿No podríamos pedirle a la Ministra de Cultura, a la dirección del MEC, que ponga en marcha una base de datos de la literatura española libre de derechos de autor?

No se recoge aquí ni siquiera una pequeña parte de las librerías y catálogos electrónicos existentes. Estas direcciones son una mera invitación a que el lector investigue por su cuenta:

Ministerio de Educación y Cultura: www.mcu.es/homemcu.html

Amazon: www.amazon.com

BookStacks: www.books.com/scripts/news.exe

Antonio Machado: www.infor.net.es/amachado/

MundiLibro: www.mundilibro.com

LibroWeb: www.libroweb.com

LibroNet: www.libronet.es

Biblioteca Nacional: www.bne.es

The OnLine Books Page: www.cgi.cs.cmu.edu/cgi-bin/book/

Waterstone's: www.waterstones.com.uk/

Internet Bookshop: www.bookshop.co.uk/

Biblioteca del Congreso USA: www.loc.gov/

ISBN español: www.mcu.es/pic/spain/ISBN.html

30. NOS ENSEÑA MISS RINGLEY

Toleren sus señorías que les proponga una cosa rarita. Escriban www.boudoir.org en el recuadro de direcciones de su navegador. Les crecerá en pantalla una página titulada **JennyCam**, muy poco explícita. No se desalienten. Pinchen en **JenniCamGuests**. Paciencia. A veces tarda. Primero un recuadro renegro. Luego surge la imagen del interior de una vivienda. En primer plano, el arco superior de dos respaldos de sillas; unos ositos de peluche a la derecha, una cama a la izquierda. Les puede aparecer un señor con barba tumbado en el mullido lecho, o retozando por ahí. Es el novio de Jennifer. También sale la propia Jennifer, por supuesto. La cámara se dispara cada media hora y pillará lo que esté sucediendo en el apartamento. Sea ello lo que sea. Repito: sea ello lo que sea.

Para comprobarlo, vuelvan a la página anterior y pinchen en **JennyCamGallery**: verán un retablo de fotos anteriores y podrán observar que Jenny es una chica muy mona, muy sonriente, muy joven y muy yanqui de aspecto. En los dos niveles accesibles de « Galería » la van a ver con el torso desnudo, enseñando el pompis al agacharse, vistiéndose, y en otras varias actividades menos exhibidas. ¿Qué les parece? Estamos ante una chica normalita, sin ninguna clase de patología visible, la mar de peripuesta, además, que se dedica a teledifundirse en directo para el mundo entero. Explíquenmelo, señoras lectoras y señores lectores.

Según la agencia Reuter, la página de Jennifer Ringley cuenta 20 millones de « hits » o accesos diarios. De hecho, puede usted incluso suscribirse: por 15 dólares al año tendrá derecho a saber lo que está sucediendo en casa de Jenny cada *tres minutos* (los no paganos han de conformarse con intervalos de media hora; pero la página tiene 5.500 suscriptores, lo que supone unos ingresos anuales de 82.500 dólares, más de 12 millones de pesetas; o sea que no se rían ustedes tanto)... ¡Ojalá tuviéramos sitio para meditar aquí sobre la cuestión! Pero hay una realidad incontrovertible: Jenny es una de las heroínas de Internet. Ponga su nombre en cualquier buscador y verá las páginas en que aparece. Verá cómo la homenajean sus compatriotas, cómo la imitan, cómo la parodian. Altavista me encuentra su nombre, ahora mismo, en 8.135 documentos.

Jennifer Ringley empezó la página desde su habitación del colegio mayor. Lo que vemos ahora es su apartamento de Washington. La chica dice que la transmisión sin prisa ni pausa le ha permitido poseer una mejor imagen de sí misma. La creeremos. El novio está encantado.

Y conste que me parece muy bien, que vaya usted a saber si no acabamos todos así, en conexión fija con los ojos del mundo entero, para lo que cualquiera guste mandar. Será otra vida.

DIRECCIONES:

Prueben estas cámaras directas en vivo:

www.la-concha.com

www.westland.net/beachcam/

www.m.chiba-u.ac.jp/class/respir/eve-e.htm

cam.68k.org/

members.iquest.net/~jknapp/windowcam.html

www.coffee-haven.com/

www.augustlive.com/augilive/live.html

www.cadena40.es/scripts/40w3/ojo.idc?

www.earthcam.com/cgi-bin/rimglnk.cgi